

El texto que sigue trata de esbozar la historia desarrollada por este espectáculo construido a manera de un collage de elementos diferentes y superpuestos.



Es como mirar dentro de una bola de cristal que por arte de magia encerrase un mundo completo: una tierra verde y ancha, sus colinas, sus bosques frondosos y sus ríos bajo un cielo redondo y azul en el que una paloma permanece suspendida.

En este paisaje perduran las viejas historias humanas: las de vida y muerte, de guerra y de amor.

El eco de antiguas voces resuena en el viento.

Vemos allí el pueblo de Guinie a orillas del río Issa. Un hombre de allí nos habla y su cuento nos hace presenciar sucesos de época pasada. Los personajes y los acontecimientos se barajan formando figuras conmovedoras y curiosas que revelan significados sorprendentes.

En momentos así, cuando el destino nos enseña su rostro y nos desafía, hemos de actuar «...en silencio. Sin espectadores. Rodeados de personas serias y de confianza» - éstas son las primeras palabras que se oírán en el teatro.

...

Es el tiempo de Pascua, cuando más cerca está la muerte de la vida y la penitencia ha llegado a su fin. Con gran alboroto se celebra en Guinie la feria de Semana Santa. Los vendedores anuncian a voces sus juguetes de lata, silbatos en forma de gallo, escapularios... Han venido unos peregrinos: «Judás vendió a Jesús por miserable dinero» - cantan. Por la plaza de la feria, por entre borrachos que tropiezan, mujeres que ríen sensualmente y chicos traviesos que juegan a perseguir a Judás, pasa la comitiva de un entierro. Es un entierro bien singular: la muerta es Magdalena, la amante del cura... la que murió de amor ahogándose en el río.

Aquel amor fue causa de un gran escándalo: «uno podía imaginarse, cómo él, el mismo que se ponía ante el altar, está con ella desnudo en la cama; cómo se hablan y lo que hacen»...

Ahora ella, que tan osadamente lucía su felicidad, se ha muerto. Un testigo de aquellos sucesos dice: «Tuve un sueño - un sueño de gran intensidad, pero también de pavor... Veía a Magdalena en la soledad de una inmensa tierra. Los pétalos de tela se mezclaban con huesos secos, y un mechón de pelo se adhería a la calavera. Pero al mismo tiempo ella era la misma de entonces, cuando sus pechos dividían las aguas del río...»

Fue un amor que derribaba todas las leyes. Un amor que la llevó a la muerte... y que ni después de la muerte concedió la paz a su pobre alma, empujándola obstinadamente a volver al mundo de los vivos.

«Oh, por qué me estoy muriendo, por qué soy y no soy, yo que fui sólo una vez, oooh... Serán el sol y la luna y yo no seré nunca más, estos huesos quedarán de mí... Oh, ya nada tengo, nada!»

Entonces pasa por Guinie una gran guerra, arrastrando,

como un cometa su cola, la pena y el dolor. Son las tristes historias de las despedidas, de los que no han vuelto nunca y de los que para siempre quedaron marcados con el sello de la guerra. Fue lo que le pasó a Baltazar: ¿dónde está aquel muchacho de mejillas rojas, que perseguía a las chicas en los bailes? La sangre derramada no se olvidó, y nada es como fue.

Pero la feria no termina aún. Un teatro ambulante, entre bromas groseras, representa la bajada de Cristo a los Infiernos: los diablos se retuercen y gimen, mas no han sido derrotados del todo - huyen, soltando risas malignas. Y, mientras que en la iglesia el cura canta la gloria de la que nunca conoció el pecado, y no con el alma, sino con todo su ser ha subido a los cielos, en el cementerio la gente lleva a cabo un acto terrible que acaba para siempre con el fantasma de Magdalena.

...

«Sus pies están primero a un palmo sobre la hierba, y sin moverlos se eleva subiendo despacio, cada vez más alto. El viento juega con sus largos vestidos que se llevaban en Judea... hasta que no es más que un puntito entre las nubes.»

El cuento está a punto de terminar. Sólo un momento más - miremos por última vez dentro de la bola transparente: tal vez podamos ver allí nuestro reflejo, inscrito en el cristal.

